Un elefante con mala fortuna y buen corazón

En su novela El viaje del elefante, José Saramago narra cómo el rey Juan III de Portugal busca un regalo de bodas para su primo Maximiliano, Archiduque de Austria, quien estaba en España, pero regresaría pronto a Viena (por cierto, antepasado del otro Maximiliano que siglos más tarde llegaría a México). La reina le sugiere al rey Juan que le regalen a Salomón, un elefante de la India que ellos, a su vez, habían recibido como obsequio, y que era muy caro de mantener. Con el animal deberá partir su cornaca o cuidador, también de la India y que se llamaba **Sbhro**. Llevar al elefante con Maximiliano se convierte en toda una travesía guiada por un comandante militar y que incluía ayudantes, escoltas y animales de carga. Así, los reyes de Portugal podrían matar dos pájaros de una pedrada: se deshacían de elefante y entregaban un presente notable a su primo.

Las peripecias no cesan durante este largo trayecto. Salomón y Sbhro padecerán lluvia, hambre, sueño y disturbios, aunque también hay episodios agradables, como el recibimiento en la Ciudad de Valladolid, donde Salomón recibe un buen aseo y tratos amables. Desde ahí el elefante y su cornaca quedan a cargo de los servidores del archiduque, que los llevarán hasta Viena. Su nuevo dueño le cambia el nombre a Solimán, que hacía referencia al gran sultán de Turquía y le sonaba más grandioso.

Las poblaciones por donde el cortejo pasaba mostraban gran expectativa y admiración por Solimán, quien los asombraba con la habilidad de su trompa. Al pasar por la ciudad de Mantua los habitantes piensan que ocurre un milagro cuando el elefante se arrodilla para agradecer el buen trato recibido. ¿Se lo imaginan subiendo a un barco o cruzando la cordillera de los Alpes?

Antes de su gran llegada a Viena, en una última parada, sucede un acontecimiento que asusta a todos; una niña sale corriendo hacia Solimán y la gente se preocupa por la posible reacción del animal. Sin embargo, Solimán conserva la calma, carga a la niña cuidadosamente con su trompa y la lleva hasta sus padres. Ya en Viena, el elefante se vuelve toda una celebridad, aunque muere algún tiempo después. Aunque lo recordaban con cariño todos aquellos que lo acompañaron durante su viaje, terminan por cortar sus patas y usarlas como decoración a la entrada del palacio.

RedEscolar
© 2021